

UN AÑO DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Juan CHICHARRO ORTEGA



Introducción



ÍA 11 de septiembre de 2001. Fecha fatídica en la que tuvieron lugar los ataques que la organización terrorista Al-Qaeda efectuó contra objetivos de importancia en el corazón de la primera potencia del mundo.

El impacto fue brutal en todos los sentidos y despertó reacciones múltiples de los dirigentes occidentales, hasta la fecha escépticos de que algo similar a lo ocurrido pudiera haber tenido lugar.

La respuesta no se hizo esperar y, una vez más en la historia, las armas volvieron a hablar para hacer frente a la amenaza que se cernía y se cierne sobre occidente. La respuesta militar emprendida entonces y que aún continúa forma parte del conjunto de acciones emprendidas contra el enemigo. Acciones que abarcan medidas en el campo financiero, en el campo político, en el campo sociológico, en definitiva en todos los campos donde la lucha entre voluntades diferentes de entender la convivencia se enfrentan.

En ambos bandos se trata sobre todo —cada uno por su lado— de llevar a cabo todas las acciones necesarias para ganarse a la población, manifestando que es una lucha por ella y nunca contra ella. El valor real de las acciones que se lleven a cabo será medido por el efecto que pudiera conseguirse con aquéllas dentro del conjunto de la población.

Aquí surge el importante, importantísimo, papel que juegan los medios de comunicación con todo su poder. Hasta el punto de que se puede ganar la batalla militar y perderse la guerra si la percepción de la población, influida por lo que lee, ve u oye es otra diferente a la de la victoria.

La primera «idea-fuerza» que los medios transmitieron y que incluso caló en ciertos ambientes es la siguiente: estamos ante la primera guerra del siglo XXI. Una guerra totalmente diferente a las anteriores. Una guerra que exige una concepción nueva en los procedimientos a emplear y, por ende, en los medios necesarios para llevarla a cabo. Urge, por tanto —según los medios «especializados»—, una revisión general de las políticas de defensa, una revi-

sión que afectarían, por tanto, a la definición del concepto estratégico y consecuentemente a la definición de recursos humanos, materiales y presupuestarios.

Es un tipo de guerra nuevo, modelo previsible —a juicio de esos medios «especializados»— de los conflictos venideros, donde priman —en el campo táctico— las acciones de inteligencia y las acciones de unidades ligeras con un uso masivo de las nuevas tecnologías al servicio del combatiente —el nuevo soldado del siglo XXI— y hace innecesario el empleo y gasto en medios acorazados, artillería pesada, buques antisubmarinos, submarinos, etcétera.

Si sabemos que el enemigo potencial no presenta grandes formaciones lineales a las que hacer frente, ni submarinos a los que combatir, por poner un ejemplo, para qué emplear el presupuesto en estos medios tan caros y difíciles de adquirir.

Esta «idea-fuerza», ampliamente difundida, alcanza no sólo ámbitos medianamente formados, sino que llega hasta influir en medios supuestamente técnicos en la materia. Así, incluso, en el *Marine Gazette*, correspondiente al mes de noviembre de 2001, destacaba un artículo —reeditado de un número anterior— donde se hablaba de la guerra de la cuarta generación. Una guerra diferente, si bien es cierto que tan sólo desde un punto de vista conceptual.

El propósito que persigue este artículo es hacer una llamada a la prudencia y demostrar que nunca, como en estos momentos, es tan necesario seguir los dictados del viejo refrán castellano que decía que «no hay nada nuevo en la viña del Señor y que nada nuevo reluce bajo el sol».

El enemigo actual y conflictos anteriores

Es opinión del que suscribe que, una vez más en la historia, hay que hacer frente a un enemigo específico —en este caso el terrorismo internacional— y que para combatirle habrá que aplicar procedimientos adaptados a la amenaza y sus peculiaridades. Pero esto no debe llevar a la confusión. Los procedimientos, no cabe duda, evolucionan al compás de la tecnología y de la clase de lucha, pero nada más.

Es necesario arbitrar medidas de todo tipo para combatir en esta guerra, pero teniendo presente que se trata de una guerra peculiar y concreta, muy diferente de la anterior y probablemente distinta de la próxima.

Una guerra diferente a las anteriores por razones diversas, entre otras porque en ésta no se busca la conquista de un territorio ni se hace frente a un enemigo localizado. Una guerra diferente, también, porque, en esta ocasión, no están claros los objetivos políticos o militares del enemigo. Una guerra que exige acciones a lo largo de todo el mundo y abarca un amplio espectro de actividades que exige acciones transnacionales, lo que va a presentar —presenta— problemas de toda índole.

Echemos ahora la vista atrás y revisemos, aunque sea someramente, algu-

nos conflictos característicos de los últimos veinte años: la guerra de las Malvinas, la guerra del Golfo, la guerra de Kosovo y la actual todavía en curso.

Son muchos otros los que han tenido y tienen lugar en estos momentos en el mundo, pero tomaré los citados como referencia en los que basarme para demostrar mi opinión de que, en el aspecto específico militar, pocos son los cambios habidos y que a la hora de revisar políticas y estrategias la primera virtud es la prudencia.

La primera de las guerras o campañas citadas, la de las islas Malvinas, fue una campaña naval que culminó con una operación anfibia y la posterior reconquista de la isla con medios terrestres.

Los factores determinantes de la victoria británica fueron diversos —en mi opinión esencialmente uno: *la aplicación rigurosa del viejo principio de la voluntad de vencer*— pero, en el campo táctico hay uno que nadie puede discutir que fue decisivo. Me estoy refiriendo al empleo del arma submarina y en concreto a la actuación del submarino *Conqueror*, que paralizó la flota argentina de forma fulminante e hizo posibles y factibles todas las demás operaciones navales y terrestres. No creo que sea discutible este aspecto.

De este aserto se derivan, además de otras muchas que sería prolijo exponer y objeto de un artículo especial, varias inquietudes y consecuencias:

- Disponer de un arma de estas características garantiza el dominio del mar imprescindible en toda operación de proyección.
- La posibilidad de que el enemigo disponga de un medio de este tipo obliga a tener medios antisubmarinos eficaces.

Si tenemos en cuenta que entre nuestros enemigos potenciales —es decir, los posibles— y el mundo occidental existe en casi todos los casos una barrera física y real que es el mar, parece claro que es importante prever esta circunstancia.

A pesar de esta evidencia, el arma submarina no figura como prioritaria en los diversos planes de adquisición de sistemas de armas de las naciones occidentales de grado medio.

Reflexionemos ahora sobre la guerra del Golfo, que tuvo lugar a principios de los 90. La caída del muro de Berlín y la desaparición del enemigo soviético hicieron pensar a los estrategas occidentales que ya no era necesario disponer en el futuro de las grandes unidades acorazadas que, hasta ese momento, se habían considerado necesarias para la guerra en los campos europeos para hacer frente a las formaciones acorazadas del Pacto de Varsovia.

Así, en aquellos momentos se comenzó a pensar y a hablar de la creación de nuevas unidades ligeras, no tan pesadas como las anteriores, para sustituir a éstas.

Se decía que era necesario revisar el concepto estratégico y proceder a una



reducción de fuerzas —en especial las acorazadas y mecanizadas—, cuya intervención en el campo de batalla no se vislumbraba ya como prioritaria.

Pero de repente surgió el problema derivado de la invasión de Kuwait y para solucionarlo militarmente hubo que acudir de nuevo a las grandes unidades acorazadas para vencer al ejército de Sadam Hussein. Tanques, tanques y más tanques. Vuelta de nuevo a conceptos que se creían superados.

La guerra de Kosovo pareció que iba a dar por fin el espaldarazo a la vieja teoría de Douhet y a consolidar al poder aéreo como forma fundamental de la acción capaz de decidir por sí sólo un conflicto sin necesidad de acudir a las fuerzas terrestres. Nada más lejos de la realidad. No cabe duda que fue de una gran influencia, pero desde luego no hubiera sido

decisivo de haber querido el ejército serbio presentar combate. Si no lo hizo fue por otras causas.

Del conflicto en Afganistán contra el régimen talibán se puede deducir que, a pesar de la terrible dureza del castigo infligido por el poder aéreo, la victoria no ha sido posible sin el concurso de la infantería. Infantería que, en este caso, sí que era de características ligeras, pero no debido a la aportación tecnológica —aun siendo importante—, sino porque lo marcaba el terreno. El terreno que como siempre a lo largo de la historia —y ahora también— ha condicionado la utilización y el rendimiento del armamento y el material y, por tanto, el empleo estratégico y táctico de las unidades.

En definitiva, en el corto periodo de los últimos veinte años hemos asistido o participado en conflictos bien diferentes. Diferentes porque el enemigo era distinto y porque el «terreno» donde se habían de desarrollar las acciones militares también lo era, definiendo consecuentemente los medios necesarios a emplear en la batalla.

También se dio la circunstancia, tanto en el caso de las Malvinas como en el del Golfo, de que en esos momentos no se consideraba la probabilidad de conflictos de esas características, por lo que los medios —luego empleados— estuvieron a punto de ser sujetos de eliminación por determinadas revisiones.



Recuérdese que en los prolegómenos de la guerra de las Malvinas el Gobierno británico había decidido eliminar de la flota sus buques anfibios, en concreto el *Fearless* y el *Intrepid*, así como uno de sus portaaviones, el *Hermes*.

Y en relación con la guerra del Golfo —tal como he mencionado anteriormente— no se preveía de forma inmediata el empleo de las unidades acorazadas que luego fueron determinantes para la victoria. En aquellos momentos —tal como sucede hoy— eran medios considerados como superfluos ante las características de los conflictos que se dilucidaban previsibles por los «analistas».

Insisto, nos encontramos hoy ante un nuevo conflicto. Sí, diferente a los anteriores por las características del enemigo —esta vez, no un estado o nación, sino el terrorismo en todas sus facetas—, pero de ningún modo puede esta circunstancia hacernos caer en el error de creer que la naturaleza de los conflictos ha cambiado y que, por tanto, hay que revisar los medios de combate de que las FAS deben disponer. Y lo que aún es peor, a mi modo de ver, es que parece vislumbrarse una perentoria necesidad de modificar doctrinas y procedimientos sin que existan causas de fondo que lo exijan.

Es evidente que las nuevas tecnologías influyen de tal forma en el empleo de los medios, que será necesario revisar los procedimientos de empleo de éstos y, por tanto, de las unidades, pero se debe imponer la prudencia al considerar aspectos más profundos de lo que es la guerra, en general, y su desarrollo. Y en este aspecto es donde poco ha cambiado la situación.

Véamoslo. La dirección de la guerra en el nivel político y en el estratégico

compete al gobierno, mientras que la de las operaciones, tanto en el nivel operacional como en el táctico, es de naturaleza militar. Es en estos niveles citados en último lugar donde se puede contemplar que poco ha variado la conducción general de la guerra y, consecuentemente, no se comprende la profusión de revisiones y de nuevas doctrinas.

El mando y la intelectualidad militar lo comprenden perfectamente, pero es en otros campos, no específicamente profesionales, donde se produce la confusión al exigir o propiciar aquéllas, con el riesgo consecuente.

No tendría mayor importancia esta situación si no fuera porque muchas veces la influencia de dichos medios tiene su repercusión sobre aspectos tan importantes como son los presupuestos.

Decía Liddell Hart, hace ya bastantes años, que el militar debe ser un profundo conocedor de la historia de anteriores campañas, así como de los viejos reglamentos. Basaba esta aseveración en el hecho de que por mucha que fuera la experiencia de un militar en diferentes campañas no abarcaría nunca el conjunto de las características de la guerra, al ser todas diferentes unas de otras.

Siguiendo su consejo y tomando como referencia doctrinas «ya superadas» que venían plasmadas en viejos reglamentos, podemos observar cómo las acciones en curso de la guerra presente en Afganistán o en las anteriores ya citadas en este artículo siguen todas las pautas que ya marcaron los estrategias y tácticos de antaño.

Si bien es necesario manifestar que para entender lo que se va a exponer es imprescindible tener una mentalidad amplia y adaptada a las circunstancias presentes en tiempo y espacio.

Antes de la batalla de Waterloo decía el duque de Wellington que se había pasado la vida intentando averiguar qué es lo que había al otro lado de la colina.

Para ello extendía sus redes de información, estudiaba profusamente el terreno y de todo ello deducía dónde instalar sus observatorios. Observatorios cuya finalidad era observar los movimientos del enemigo y corregir sus fuegos.

Hoy la colina no se encuentra a algunos kilómetros del campo de batalla, sino a miles, y los observatorios no son sino los satélites y los aviones de inteligencia. Pero el concepto es el mismo.

La doctrina napoleónica decía que los preparativos del ataque incluían unas medidas previas que abarcaban el despliegue de las tropas para asegurar la maniobra proyectada, la instalación de las redes de observatorios y de señales de banderas y de luz, así como el acondicionamiento de las vías de comunicación y accesos para facilitar los movimientos previos, la entrada en posición de la artillería y la acumulación de medios, especialmente las municiones. Decía igualmente que el despliegue de la artillería debía ser lo más adelantado posible para retardar el cambio de asentamientos.

Tanto en la guerra del Golfo como hoy en Afganistán podemos ver cómo se despliegan los grupos navales de combate con sus fuerzas embarcadas y sus aviones conforme a la maniobra proyectada. Podemos ver cómo se adecuan y sitúan los satélites de inteligencia, cómo se acumulan las municiones o cómo se despliegan los medios de apoyo de fuego, entiéndase aviones de combate. Si puede ser, lo más cerca del enemigo posible.

Decía la misma doctrina que con anterioridad al ataque se debía hacer una preparación por el fuego para desorganizar las defensas del enemigo, destruir sus puestos de mando, anular su artillería y dificultar sus movimientos y en especial el de sus reservas. Y todo ello con la finalidad de anular o disminuir la capacidad combativa del enemigo y su espíritu de lucha.

Hagamos de nuevo abstracción de los parámetros de tiempo y espacio y no pensemos en kilómetros ni en semanas. Sustituyamos donde antes decía *artillería* por *misiles de largo alcance o bombarderos* en su amplia variedad y podremos deducir que aquellos conceptos son absolutamente válidos.

Por otro lado, pero en el mismo orden de ideas —ciñéndonos esta vez al caso concreto del terrorismo—, podemos leer de la doctrina antisubversiva que se enseñaba en los años 60 del pasado siglo, para hacer frente a la subversión en la América hispana de aquellos años, que la contrasubversión se debía regir por una serie de preceptos, que eran:

- La lucha contra la subversión (léase ahora terrorismo) es una lucha por la población; nunca contra ella.
- A las ideas difundidas por la propaganda subversiva (léase ahora terrorismo) hay que oponer ahora otras ideas de mayor fuerza.
- Las medidas contra la subversión (léase ahora terrorismo) no pueden limitarse a las medidas de orden militar, sino que comprenden otras en todos los órdenes: psicológico, político, económico, moral, cultural, así como acciones en el exterior de carácter diplomático, propagandístico, etcétera.
- Las probabilidades de éxito en la lucha contra la subversión (léase ahora terrorismo) dependen, fundamentalmente, de la eficacia de los servicios de información.

No es muy difícil deducir de la lectura de estos preceptos lo que se reconocía al comienzo de este artículo: «No hay nada nuevo en la viña del Señor...».

Al menos conceptualmente nada ha variado. Lo que sí que ha variado son los medios con los que se cuenta por el impulso tremendo de la tecnología. Cierto. Y ello exige a los mandos un conocimiento de sus características que permitan un empleo eficaz de los mismos. Y esto se traduce en una adaptación de los procedimientos en el empleo de las unidades. Pero esto tampoco es nuevo. Siempre ha sido así.

Conclusiones

- La guerra que el mundo occidental, y en concreto los Estados Unidos, está llevando a cabo contra el terrorismo internacional es una guerra específica, con características propias, y que como todas requiere el empleo de unas tácticas y medios adaptados a la idiosincrasia del enemigo y del terreno donde se han de desarrollar las operaciones.
- La experiencia de los últimos conflictos en los últimos veinte años demuestra la incertidumbre del posible enemigo y los medios a utilizar por éste. Es por ello necesario ser muy prudente a la hora de revisar conceptos estratégicos que finalmente derivan en volumen de efectivos, sistemas de armas y reestructuraciones orgánicas, las más de las veces innecesarias. No quiere decir esto que no sean necesarias. Es evidente que hay que adaptarse a las circunstancias cambiantes de la situación. Pero siempre teniendo muy presente que vivimos en un mundo tremendamente imprevisible.
- Las fuerzas armadas deben continuar siendo polivalentes. Si bien las nuevas tecnologías posibilitan que ejércitos más reducidos obtengan los mismos efectos que los otrora más numerosos, seguirán siendo necesarios sistemas de armas tales como las unidades acorazadas, submarinos, artillería pesada, etc., cuya necesidad no parece desprenderse hoy de las amenazas o riesgos aparentes. Pero amenazas o riesgos susceptibles de cambios repentinos. Los últimos conflictos lo confirman.
- Las reestructuraciones orgánicas —tan en boga en las fuerzas armadas occidentales— deben llevarse a cabo cuando quede constatado que las actuales no son adecuadas para alcanzar los objetivos de la organización. Si éste es el caso, adelante con ellas, pero es opinión del que suscribe que en muchas de las actuales reestructuraciones en curso no se da esta circunstancia. Éstas deben ser consecuencia de la valoración en conjunto de la experiencia bélica, de las posibilidades reales del horizonte económico y, sobre todo, de su eficacia.

Si de las últimas experiencias bélicas queda demostrada la imprevisibilidad de los conflictos y si de la experiencia acumulada durante años queda manifestada la eficacia de determinadas organizaciones, no puede ser que, consecuencia de las posibilidades económicas, se lleven a cabo transformaciones tan profundas —algunas radicales— que pongan en peligro algo tan serio como la seguridad.